

El precio de seguir a Cristo y la verdadera conversión

“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” Mateo 7:21

Si te preguntara ¿cómo sabes que eres salvo, qué responderías?

Posiblemente muchos de ustedes dirán algo que sonará así como esto: “Lo sé porque un día invité a Jesús a vivir en mi corazón”, otros responderán: “Lo sé porque he confesado con mis labios que Jesús es el Señor, le he reconocido como el Señor y Salvador de mi vida”. Pero a pesar de que estas respuestas puedan sonar correctas, cuando comenzamos a estudiar el evangelio y a comprenderlo, a considerar sus diferentes dimensiones, cuando emprendemos el camino hacia un mejor y más pleno conocimiento de la voluntad de Dios, nos hacemos conocedores de una verdad tremendamente grande: la salvación y la vida cristiana no se establecen sobre la base de una oración repetida una vez en la vida, sino que sobre la base de la renuncia, y de una vida en consecuencia con la fe en Cristo. El verdadero arrepentimiento no es haberte sentido mal cuando te diste cuenta de que eras un pecador, ¡sencillamente no es eso! El arrepentimiento genuino, real, es un cambio en cuanto a la dirección de la propia vida, con el fin único de agradar a Dios y darle honra, a fin de vivir una vida completamente diferente y restaurada. La conversión, la verdadera conversión, no se genera sobre un cimientito de emociones producidas durante un culto evangelístico, sino que cuando se ha tenido un encuentro con Dios, cuando se ha sido confrontado con su Palabra, cuando Dios se revela a tu vida y te muestra lo que has sido hasta ahora y lo que Él comenzará a hacer contigo desde ahora. Ser un cristiano, hermanos amados, no es sólo haber escrito un nuevo capítulo en sus vidas, es comenzar a vivir aquel nuevo relato. El cristiano no puede simplemente conformarse con haber sido rescatado del lazo del diablo, debe comenzar, desde ese momento, a vivir la antítesis.

Cuando observo la salud de algunas iglesias, cuando veo la salud espiritual de algunos jóvenes cristianos, me pregunto qué ha pasado con el evangelio. ¡Cómo lo han convertido en una mera repetición de palabras, en un mero ritualismo repleto de emociones! Veo eventos evangelísticos por la televisión en donde las palabras “pecado”, “muerte”, “sacrificio” o “arrepentimiento” ni siquiera se susurran, en donde se estimula a que crean en Jesús y que repitan una oración mediante la cual le invitan a vivir en sus vidas, sin siquiera advertirles de lo que significa ser un cristiano. No se atreven a hablar de las consecuencias del pecado, a decirle al inconverso que es un pecador y que la justicia de Dios pende sobre su cabeza si no se vuelve a Él en arrepentimiento, ¡para no “espantarlo”!, y en lugar de eso realizan sendas campañas evangelísticas cargadas de emoción y espectáculo en donde le prometen a los asistentes la salvación y una vida de gozo en Cristo si tan sólo repiten “esta” oración. ¡¿Qué ha pasado con el evangelio, en qué hemos convertido el mensaje de salvación?! Se preguntan porqué muchos que han “aceptado al Señor” nunca han vuelto a pisar una iglesia en sus vidas, o porqué hay jóvenes que habiendo levantado sus manos, o pasado adelante para hacer una confesión de palabras, han desistido del camino. Lo que vemos es simplemente la consecuencia, es el resultado de un evangelio mediocre, de un mensaje “Light” en el que el pecador no ha sido realmente confrontado con Dios, sino sólo con sus emociones, en el que no ha comprendido las dimensiones de su pecado y de la necesidad que tiene de un Salvador, sino que tan sólo se le ha mostrado el lado bello del evangelio. No se habla de renuncia y de entrega, porque se espera que eso lo comprenda él en la medida que valla “creciendo”, pero yo me pregunto ¿de donde aprendimos eso?, cuando el mismo Jesús, al ver la multitud que le seguía no esperó que pasara el tiempo para decirles: *“Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y a su madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo... Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo”* (Lucas 14:25-27, 33. Lea también Lucas 9:23-26). También a un principal que le preguntó qué debía hacer para heredar la vida eterna, Jesús le respondió: *“Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en*

el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz"(Marcos 10:21). Hermanos, observen, ¡no le habló de una vida placentera o sin problemas, porque el mensaje de Jesús era un mensaje de renuncia!, "tomando tu cruz", le dijo. Es un mensaje en el que las palabras "arrepíentanse y crean en el evangelio" sonaban como un eco a través de sus labios (Marcos 1:15b; Lucas 24:47) y de la boca de sus apóstoles.

Los habitantes de Israel escuchaban atentos las palabras de Pedro durante su primer discurso, y leemos que *"Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?"* (Hechos 2:37). Ellos se compungieron de corazón, en griego corresponde a la forma *"katenugésan tén kardian"*, de *"katanussó"*, un verbo que quiere decir "traspasar, agujonear intensamente, golpear". Esto quiere decir que experimentaron ese sentimiento o dolor de haber cometido un pecado, no fueron simplemente emocionados por una suave melodía de fondo que sonaba a la par con las palabras bonitas de un predicador que habló a las emociones, ellos fueron confrontados con la realidad que les acusaba y les culpaba, sintieron el filo de las palabras de Pedro, la voz de Dios hablando a sus conciencias, y no se quedaron sólo allí con este remordimiento y sentimiento de culpa, sino que preguntaron *"¿qué haremos?"*, y la respuesta fue sin vacilaciones: *"Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo"* (v 38). Aquel día fueron como tres mil los que creyeron y se bautizaron, aquellos fueron regenerados en esa hora por el Espíritu Santo, no porque repitieron una oración o porque levantaron sus manos, sino porque se arrepintieron y creyeron en fe, estos, dice la Palabra, *"perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones"* (v 42). ¡Qué diferente a lo que ocurre hoy en algunas congregaciones, en que muchos parecen creer, y de pronto desaparecen y nunca más sabemos de ellos!

Es lamentable ver cómo el mensaje del evangelio se ha ido acomodando de tal manera que pueda ser más atractivo, más creíble y menos comprometedor. Se habla de salvación, pero no se advierte de qué y porqué se está siendo salvo. Se habla del amor de Dios, pero se evita tratar el tema de su justicia y su santidad, y de que ha sido precisamente la justicia de Dios la que ha quedado satisfecha y honrada con la muerte de Jesús. Se exponen algunos detalles de la vida cristiana, de las bendiciones de ser un hijo de Dios, pero se evita hablar de la renuncias, de las persecuciones y de los padecimientos que Jesús dijo que vendrían sobre su iglesia. Finalmente, se evita hablar del precio de ser un cristiano. El mensaje del evangelio no es un mensaje atractivo, no cuando lo entregamos en conformidad a la sana doctrina. Jesús mismo dijo: *"seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre"* (Mateo 10:22), en otra oportunidad dijo: *"Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre"* (Lucas 6:22). Pablo exhorta a Timoteo: *"Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo"* (2Timoteo 2:3). Pedro también les escribe a los hermanos: *"si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello"* (1Pedro 4:16); y Juan dice: *"Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece"* (1Juan 3:13). Hermanos, ¡el mensaje del evangelio no es sobre "autosatisfacción", es sobre autonegación!

¿Es ese el mensaje que a la gente le gusta escuchar? Ciertamente no, pero ese es el mensaje. Ya lo dijo Pablo: *"Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden"* (1Corintios 1:18), y otra vez: *"Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios"* (vv. 21-25) ¡Eso es lo que muchos necesitan comprender! Los griegos no podían aceptar el evangelio porque les confrontaba, les enrostraba el pecado de ellos y la necesidad de renunciar a sus dioses paganos y a la vida pagana y lasciva que hasta ahora llevaban, y no a cambio de una vida feliz y sin complicaciones, sino que a cambio de una vida de persecuciones, de tribulaciones, pero repleta del gozo interno de la redención y de la esperanza

futura de la salvación y su encuentro con Dios. Era una *locura* que no se parecía a ninguna de las ideas filosóficas que les gustaba y estaban acostumbrados a escuchar, pero el mensaje permanecía inalterable, sin adornos, pero inundado de poder.

Ahora traten de visualizar esto: Los cristianos del primer y segundo siglo entraban amarrados a los circos romanos, para ser descuartizados por los leones y otras bestias hambrientas. Para los romanos era diversión, más para los cristianos, convicción, fe. Los primeros se preguntaban ¿qué locura tienen estos que están dispuestos a aquello y más? ¿Qué verdad es esta que ellos proclaman que hasta la muerte significa poco? Lo que no entendían era que aquellos mártires habían tenido un encuentro con Dios, eran hombres realmente arrepentidos y conversos. ¡Algunos cantaban alabanzas a Dios mientras eran despedazados por las bestias salvajes!

Inspecciona tu vida, hermano, pregúntate: “¿estaría dispuesto a eso?”

Pablo escribió a los romanos: “...*Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación*” (Romanos 10:8-10). Son tremendas palabras que se han sacado de contexto para convertirlas en una oración, cuando lo que Pablo decía tenía una dimensión muy diferente. Jesús dijo en una oportunidad: “*A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos*” (Mateo 10:32-33). Todo esto está en el contexto de las persecuciones venideras, del precio que cada verdadero creyente tendría que estar dispuesto a pagar en el momento de la tribulación, allí cuando confesar que Jesús es el Señor significaba negar que el César lo fuera, trayendo con esto el castigo y la muerte, más no la desesperanza de una vida eterna con Dios en los cielos. ¡Pablo podía decir confiado: “*Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse*”! (Romanos 8:18).

Algunos han convertido la confesión de labios en una mera oración repetida, y con ello muchos creen que ya son salvos. Muchos han repetido una oración, ¡cuántos lo han hecho!, pero no hubo verdadero arrepentimiento, no hubo un cambio de condición, por ello no hay conversión, no hay regeneración, no hay santificación. No hubo un encuentro con Dios, en consecuencia no hay cambios, no hay frutos, ¡y aún así creen tener la salvación asegurada porque en algún momento de sus vidas alguien les dijo que repitiendo una oración tendrían asegurada la vida eterna! ¡Qué engaño es este! ¡¿Es este el evangelio apostólico?! ¡Pedro no puede presentarles el evangelio a los habitantes de Jerusalén porque no hay nadie que toque la guitarra, ni hay música para ambientar el lugar! ¡Qué celos me da el ver que el evangelio se haya convertido en una mera decisión sin un fondo sobre el cual se pueda pisar! No hay un trasfondo teológico, ¡algunos ni siquiera saben porqué tiene que creer en Jesús!

El problema es que esto ha ocasionado que cada vez hayan más convencidos que convertidos. Algunos jóvenes no cambian de actitud, siguen la vida igual que antes, se emocionan con facilidad, pero en el momento de las pruebas desisten. Son como aquella semilla que fue sembrada en pedregales, en las palabras de Jesús: “*éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza*” (Mateo 13:20-21)

Ser un cristiano es renunciar a la vieja vida, es ser cada día confrontado por Dios, con la esperanza de que acabada la jornada hayamos logrado parecernos más a Él. La vida cristiana tiene emociones, pero no se basa en ellas, pues las emociones se acaban, los ánimos cambian, más quien permanece en la voluntad de Dios, atendiendo a su palabra, guardándola, es comparado con aquel hombre que edificó su casa sobre la roca, ningún cataclismo ni eventualidad logrará derrumbarla, permanecerá

firme y acabada la carrera recibirá la corona de justicia preparada para aquellos que perseveraron hasta el final.

Amigo/a, examina ahora tu vida y busca entre tus recuerdos aquel día en que tuviste un encuentro con Dios, si no hay archivos al respecto, si tras buscar en tu memoria comprendes que eso nunca ocurrió y comprendes que en una buena medida tu vida se ha vuelto en mera religiosidad, es tiempo de que comiences a orar y a buscar su rostro. Tú que anhelas la salvación, ya es hora de que comprendas que no puedes seguir jugando con Dios, simplemente no puedes seguir negociando con el mundo. ¡Debes renunciar!

Prueba el fruto de tu fe, la verdadera evidencia de que te has arrepentido es que hasta la fecha lo sigues haciendo. La verdadera evidencia de que has sido santificado, es que aún sigues santificándote. Trata de recordar cómo eras antes de conocer de Dios, ¿ha cambiado aquello de manera considerable? Si es así, entonces puedes estar confiado, si estás creciendo sanamente, entonces tu senda es como la luz de la aurora, que va en aumento, hasta que el día es perfecto, o “se completa” (Proverbios 4:18).

Quiero terminar con una historia conocida. Jacob, el hijo de Isaac, huía de la presencia de su hermano Esaú, luego de haber usurpado su identidad y haberse hecho pasar por él tomando su bendición. Huía no sólo de la casa de su padre, huía de la tierra prometida, huía de las promesas hechas a su abuelo Abraham y a su padre Isaac. Siendo de noche se recostó sobre una piedra y allí Dios se le apareció en sueño. Hasta este momento Jacob nunca había tenido un encuentro con Dios, con todo era tan sólo un olor de él. Quizás conocía de aquellos encuentros que sus padres tuvieron antes con Dios, y las historias de Abraham debe haberlas traído en su memoria desde su niñez, y ciertamente estuvo familiarizado con los rituales y sacrificios ofrendados por sus padres, ¡pero él nunca había tenido un encuentro con este Dios, con el Dios de Abraham y de Isaac! Es aquí, en medio de una noche, y por medio de un sueño, que Dios extiende sus promesas ahora a Jacob. Sin que él se lo hubiese imaginado, Dios le había escogido, y ahora Éste sería, ya no el Dios de sus padres, sería también su Dios (Génesis 28:10-22) Pero pese a este inesperado encuentro, Jacob aún llevaba un estigma con él, un nombre que le perseguía y le afrentaba. Pasaron veinte años, ahora con una familia detrás de él, volvió a la casa de su padre, y en medio del terror de encontrarse con su hermano, pensando que este aún quería matarle, Dios se le aparece nuevamente, pero esta vez no en un sueño, ni para hablar respecto de la promesa anterior, ahora el encuentro sería cara a cara, y sería un encuentro confrontacional. Aquella noche hay una confesión de reconocimiento de que realmente Jacob era un “usurpador”, y que el engaño había sido su arma en las dificultades de su vida. Tras esta confesión, viene la transformación e identidad nueva. Jacob fue restaurado; el cambio de nombre y una marca en su cuerpo eran la prueba de aquello (Génesis 32:22-31). Aquella noche Jacob tuvo un encuentro con Dios.

Amigo/a, no basta con pasarte la vida entera sentado en una banca de la iglesia, no vale de nada que estés familiarizado con los cultos y con la adoración, o que toda tu familia sea cristiana, lo que necesitas es un encuentro con Dios, necesitas a Jesucristo. Busca a Jehová, abre tu corazón a él, deja tu pecado y vuélvete al Dios de paz.

Que Dios les bendiga.

Mauricio Jiménez V.
Predicación, diciembre de 2010